
Nota del editor

El rumbo de la ciencia política



GABRIEL L. NEGRETTO

En los últimos 50 años el estudio de la política pasó de ser un objeto de análisis compartido por el derecho, la historia y la filosofía a convertirse en una disciplina y en una profesión con identidad propia. Este desarrollo se explica por el conocimiento especializado, tanto empírico como teórico, que los politólogos han alcanzado sobre problemas fundamentales de la vida política, tales como el surgimiento del orden y el conflicto, la estabilidad y el cambio de los regímenes políticos, o el impacto de las reglas electorales y de las constituciones sobre el funcionamiento, calidad y duración de la democracia. Sin embargo, y a diferencia de otras disciplinas como la economía, la ciencia política revela aún importantes desacuerdos en torno a la definición y medición de ciertos conceptos fundamentales, o en cuanto a los méritos relativos de los modelos deductivos e inductivos de explicación y los métodos cuantitativos y cualitativos de análisis. En otras palabras, a pesar del conocimiento acumulado, la ciencia política es, aún, una disciplina fragmentada conceptual y metodológicamente.

Política y Gobierno presenta en este número una sección dedicada a discutir críticamente los avances y aportes de la ciencia política. Se han seleccionado para ello tres figuras líderes de la disciplina: Giovanni Sartori, Josep Colomer y David Laitin. Sartori inicia el debate con un análisis retrospectivo de los orígenes y aspiraciones de la ciencia política contemporánea, de la cual él mismo fue un precursor, para concluir lamentando el rumbo que, a su juicio, ha tomado esta disciplina en los últimos años. De acuerdo con Sartori, se ha impuesto un modelo “americano” de ciencia política, que privilegia el método sobre la relevancia de la investigación y la cuantificación sobre la lógica. Colomer coincide con Sartori en cuanto a la prioridad que debe tener la elaboración conceptual

y lógica en la investigación científica, pero considera que dicha etapa debe ser superada por las mediciones cuantitativas, las hipótesis causales y las teorías explicativas, tal como lo ha hecho la economía, que ofrece, en ese sentido, el modelo a seguir. Laitin, finalmente, presenta una lista de los avances que ha tenido la ciencia política en áreas tan dispares como la teoría de la justicia, los modelos formales de votación, los estudios comparados sobre democracia y desarrollo, y los orígenes del orden político. Señala, además, que dada la variada nacionalidad de los colaboradores en estas áreas, ninguno de los avances mencionados puede considerarse patrimonio de una ciencia política “americana”.

Una discusión semejante a la aquí presentada es aún incipiente en América Latina. Esto se debe, en parte, a que el desarrollo de la ciencia política como disciplina y profesión es un fenómeno relativamente reciente en la región. Sólo en los últimos 20 años, en forma coincidente con el periodo de expansión y estabilización de la democracia en la región, se han creado, en casi todos los países, carreras universitarias y centros de investigación dedicados al estudio de la política. Sin embargo, existe ya un enorme caudal de conocimiento adquirido acerca del funcionamiento de las nuevas democracias y una creciente demanda por el asesoramiento de expertos en materia de elecciones, diseño de instituciones, reforma del Estado, calidad de políticas públicas o conflicto social. Para que las contribuciones de los politólogos en estos temas tengan impacto y credibilidad, es preciso entablar una discusión seria acerca de la identidad de la disciplina dentro de las ciencias sociales y de las metodologías que utiliza para proveer el avance del conocimiento científico. Esperamos haber contribuido al inicio de ese debate. **Pg**